

81  
Beza  
Juan

# EL TEATRO.

---

**COLECCION**  
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

---

## ACEPTAR LA CULPA AJENA,

DRAMA ORIGINAL EN TRES ACTOS Y EN PROSA.

---

20  
MADRID:  
OFICINAS: PEZ, 40, 2.  
1871.

# CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

## EL TEATRO.

Al cabo de los años mil.  
 Amor de antesala.  
 Abelardo y Eloisa.  
 Abnegacion y nobleza.  
 Angela.  
 Afectos de odio y amor.  
 Arcanos del alma.  
 Amar despues de la muerte.  
 Al mejor cazador...  
 Achaque quieren las cosas.  
 Amor es sueño.  
 A caza de cuervos.  
 A caza de herencias.  
 Amor, poder y pelucas.  
 Amar por señas.  
 A falta de pan...  
 Artículo por artículo.  
 Aventuras imperiales.  
 Achaques matrimoniales.  
 Andarse por las ramas.  
 A pan y agua.  
 Al Africa.  
 Bonito viaje.  
 Boadicea, *drama heróico*.  
 Batalla de reinas.  
 Berta la flamenca.  
 Barómetro conyugal.  
 Bienes mal adquiridos.  
 Bien vengas mal si vienes solo.  
 Bondades y desventuras.  
 Corregir al que yerra.  
 Cañizares y Guevara.  
 Cosas suyas.  
 Calamidades.  
 Como dos gotas de agua.  
 Cuatro agravios y ninguno.  
 Como se empuene un marido!  
 Con razon y sin razon.  
 Como se rompen palabras.  
 Conspirar con buena suerte.  
 Chismes, parientes y amigos.  
 Con el diablo á cuchilladas.  
 Costumbres políticas.  
 Contraste s.  
 Catilina.  
 Carlos IX y los Hugonotes.  
 Carnioli.  
 Candidito.  
 Caprichos del corazon.  
 Con canas y polleando.  
 Culpa y castigo.  
 Crisis matrimonial.  
 Cristóbal Colon.  
 Corregir al que yerra.  
 Clementina.  
 Con la música á otra parte.  
 Dara y cruz.  
 Dos sobrinos contra un tio.  
 D. Primo Segundo y Quinto.  
 Deudas de la conciencia.  
 Don Sancho el Bravo.  
 Don Bernardo de Cabrera.  
 Dos artistas.  
 Diana de San Roman.  
 D. Tomás.  
 De audaces es la fortuna.  
 Dos hijos sin padre.  
 Donde meos se piensa...  
 D. José, Pepe y Pepito.  
 Dos mil'ros blancos.  
 Deudas de la honr  
 De la mano á la boca.  
 Doble emboscada.  
 El amor y la moda.  
 Está local

En mangas de camisa.  
 El que no cae... resbala.  
 El niño perdido.  
 El querer y el rescar...  
 El hombre negro.  
 El fin de la novela.  
 El flántropo.  
 El hijo de tres padres.  
 El último vals de Weber.  
 El hongo y el mirinaque.  
 ¡Es una malval!  
 Echar por el atajo.  
 El clavo de los maridos.  
 El onceno no estorbar.  
 El anillo del Rey.  
 El caballero feudal.  
 ¡Es un ángel!  
 El 5 de agosto.  
 El escondido y la tapada.  
 El licenciado Vidriera.  
 ¡En crisis!  
 El Justicia de Aragon.  
 El Monarca y el Judío.  
 El rico y el pobre.  
 El beso de Judas.  
 El alma del Rey Garcia.  
 El afan de tener novio.  
 El juicio público.  
 El sitio de Sebastopol.  
 El todo por el todo.  
 El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.  
 El que las da las toma.  
 El camino de presidio.  
 El honor y el dinero.  
 El payaso.  
 Este cuarto se alquila.  
 Esposa y mártir.  
 El pan de cada dia.  
 El mestizo.  
 El diablo en Amberes.  
 El ciego.  
 El protegido de las nubes.  
 El marqués y el marquésito.  
 El reloj de San Plácido.  
 El bello ideal.  
 El castigo de una falta.  
 El estandarte español en las costas africanas.  
 El conde de Montecristo.  
 Elena, ó hermana y rival.  
 Esperanza.  
 El grito de la conciencia.  
 ¡El autor! ¡El autor!  
 El enemigo en casa.  
 El último pichon.  
 El literato por fuerza.  
 El alma en un hilo.  
 El alcalde de Pedroñeras.  
 Egoismo y honradez.  
 El honor de la familia.  
 El hijo del ahorcado.  
 El dinero.  
 El jorobado.  
 El Diabolo.  
 El Arte de ser feliz.  
 El que no la corre antes...  
 El loco por fuerza.  
 El soplo del diablo.  
 El pastelero de Paris.  
 Furor parlamentario.  
 Faltas juveniles.  
 Francisco Pizarro.  
 Fè en Dios.  
 Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el

abijado de todo el mundo.  
 Genio y figura.  
 Historia china.  
 Hacer cuenta sin la hués.  
 Herencia de lágrimas.  
 Instintos de Alarcon.  
 Indicios vehementes.  
 Isabel de Médicis.  
 Ilusiones de la vida.  
 Imperfecciones.  
 Intrigas de torador.  
 Ilusiones de la vida.  
 Jaime el Barbudo.  
 Juan Sin Tierra.  
 Juan sin Pena.  
 Jorge el artesano.  
 Juan Diente.  
 Los nerviosos.  
 Los amantes de Chinch.  
 Lo mejor de los dados.  
 Los dos sargentos espa.  
 Los dos inseparables.  
 La pesadilla de un case.  
 La hija del rey René.  
 Los extremos.  
 Los dedos huéspedes.  
 Los éxtasis.  
 La posdata de una carta.  
 La mosquita muerta.  
 La hidrofobia.  
 La cuenta del zapatero.  
 Lo que prod quos.  
 La Torre de Londres.  
 Los amantes de Teruel.  
 La verdad en el espejo.  
 La banda de la Condese.  
 La esposa de Sancho el.  
 La boda de Quevedo.  
 La Creacion y el Diluvi.  
 La gloria del arte.  
 La Gitanilla de Madrid.  
 La Madre de San Fern.  
 Las flores de Don Juan.  
 Las apariencias.  
 Las guerras civiles.  
 Lecciones de amor.  
 Los maridos.  
 La lápida mortuoria.  
 La bolsa y el bolsillo.  
 La libertad de Florencia.  
 La Archiduquesita.  
 La escuela de los amigos.  
 La escuela de los perdi.  
 La escala del poder.  
 Las cuatro estaciones.  
 La Providencia.  
 Los tres banqueros.  
 Las huérfanas de la Car.  
 La niña Iris.  
 La dicha en el bien ajen.  
 La mujer del pueblo.  
 Las bodas de Camacho.  
 La cruz del misterio.  
 Los pobres de Madrid.  
 La planta exótica.  
 Las mujeres.  
 La union en Africa.  
 Las dos Reinas.  
 La piedra filosofal.  
 La corona de Castilla (al).  
 La calle de la Montera.  
 Los pecados de los padro.  
 Los infieles.  
 Los moros del Riff.

**ACEPTAR LA CULPA AGENA.**



# ACEPTAR LA CULPA AGENA,

DRAMA ORIGINAL EN TRES ACTOS,

DE

**DON JUAN BELZA.**

Representado con extraordinario aplauso en el Teatro de la Alhambra, el 3 de  
Febrero de 1871.

---

MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.

1871.

PERSONAJES.

ACTORES.

FERNANDO DE VILLASANTES, Marqués de Fuentidueña.....	SR. VICO.
PANCHO, su primo, criollo.....	SR. REIG.
ALFREDO DE SANDOVAL.....	SR. CATALÁ.
DOCTOR.....	SR. MEDEL.
JUAN, criado.....	SR. PUGA.
LUISA .....	SRTA. DIAZ.
EMILIA, 17 años. ....	SRTA. MENDOZA.
MARGARITA DE VILLAVICEN- CIO.....	SRA. FENOQUIO.

La escena en nuestros días y en Madrid.— Los tres actos en casa del Marqués.— Accion del drama, veinticuatro horas.

La propiedad de esta obra pertenece su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, en sus posesiones de Ultramar, ni en los países con quien haya celebrados o se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los Comisionados de las Galerias Dramáticas y Líricas de los Sres. *Gullon é Hidalgo*, son los exclusivamente encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

---

## ACTO PRIMERO.

---

Salon elegante con puerta al foro y laterales.—Un balcón segundo término derecha: en primer término un diván.—Chimenea primer término izquierda: sobre la chimenea dos magníficas lámparas encendidas.—En el fondo, á derecha é izquierda de la puerta de entrada, ricas cónsolas y espejos, estilo de Luis XV.—Candelabros, relojes, butacas, etc.—Un magnífico velador, en el centro, sobre el cual se halla preparado un servicio de café-sillas alrededor del velador.

### ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon, aparece Juan con librea, acabando de disponer el café sobre el velador: en seguida abre la puerta del fondo como para anunciar que ya está preparado.

LUISA, PANCHO, ALFREDO y el MARQUÉS.

MARQ. (Entrando dando el brazo á Luisa.) Y la jaquema, mi querida Luisa, se pasó ya? ó sufres todavía, y por no disgustarnos... (Se sientan alrededor del velador donde el criado sirve el café. Pancho se sienta en una butaca, al lado de la chimenea.)

LUISA. No, mi querido Fernando, durante la comida me ha incomodado un poco, pero ahora me encuentro mucho mejor...

PANCHO. El café te sentará bien... entiendes? (Pancho es un tipo muy marcado de indolencia y de pereza.)

- MARQ. Eres uua mujer adorable!...
- LUISA. De veras?... á los treinta años y pico?
- MARQ. Poco más...
- LUISA. Lo ménos dos años... sino lo llevas á mal...
- MARQ. Para mí como si tuvieras veinte; las mujeres, mi amada Luisa, no cuentan su edad por años sino por lustros...
- LUISA. No dirán ustedes que mi esposo no es un modelo de galantería.
- ALF. Es tan natural, señora!
- LUISA. Tambien usted? mil gracias.—Y tú, primo, no vienes á tomar tu café, ó será preciso que te lo lleve yo misma á la butaca?
- PANCHO. Ay, prima!... si te empeñas, no encuentro inconveniente.
- LUISA. En fin, seamos caritativos.
- PANCHO. Cuando digo que eres el modelo de las primas!...
- MARQ. Apostaria á que estás cansadísimo!
- PANCHO. Pero de una manera horrible!
- ALF. Sin embargo, segun usted mismo nos acaba de contar, se ha levantado de la cama poco ántes de comer...
- PANCHO. Y eso qué importa! En la mesa hemos estado dos horas mortales!
- ALF. Pero sentados.
- PANCHO. Peor que peor... yo no se á que llaman ustedes estar sentados. Las sillas en este pais son unos muebles tan incómodos como ridículos!
- ALF. Pero explíqueme usted cómo siendo tan perezoso... Creo que no se ofenderá usted si me permito...
- PANCHO. Al contrario, niño! Si á mí me gusta que me hagan justicia... estamos?
- ALF. Pues bien; cómo siendo usted tan perezoso, tan cómodo, ha podido decidirse á abandonar su pais para emprender un viaje de más de mil leguas?
- PANCHO. Es muy sencillo. Desde la emancipacion de los negros, América se me ha hecho insoportable... Indignado de ver a aquellos perezosos dormir desde la ma-



ñana hasta la noche, en vez de plantar mis cañas de azúcar y cultivar mis cafetales; empecé á enflaquecer de una manera alarmante; tenia crispaturas, ataques de nervios... y como yo soy enemigo de toda emoci6n, me decidí á venir á vuestro pais, donde al ménos se gesticula, se trabaja, la gente se halla en movimiento.

MARQ. Lo que observo, mi querido Pancho, es que tu lengua no es tan perezosa como las piernas.

PANCHO. Yo digo siempre lo que pienso. Además, en nuestras colonias hay más exposiciones y peligros; la sangre es demasiado caliente, las pasiones muy vivas... Por mi parte, niños, prefiero vuestras costumbres tranquilas y patriarcales.

ALF. Desgraciadamente no siempre somos tan juiciosos.

PANCHO. Quiere usted hacer alusion á los dos ó tres desafíos que estos dias han ocupado á la prensa? Vaya una bagatela; eso no vale nada. Aquí tienen ustedes la sangre más dulce.

LUISA. Te traigo tambien tu copa, porque eres capaz de pasarte sin ella por no levantarte.

PANCHO. Mil gracias, prima. Verdaderamente es imposible disfrutar mayor tranquilidad que en esta deliciosa casa, donde me habeis ofrecido tan cordial hospitalidad.

LUISA. Es nuestro deber.

PANCHO. Vamos, niños, sois una pareja encantadora! y eso que llevais un siglo de casados!...

LUISA. Cómo un siglo?

MARQ. Mucho ménos de la cuarta parte.

PANCHO. Bien, lo mismo da: la luna de miel ha debido pasar hace tiempo, pero vosotros la habeis hecho estacionarse en el cuarto creciente... Algunas veces me pareceis á los pastorcitos de Florian.

LUISA. De veras?

PANCHO. Dichoso tú, niño, que no temes al ridiculo!...

MARQ. Cómo al ridiculo?

PANCHO. Claro está; segun la buena sociedad de tu pais, amar

uno á su mujer en esta época, y despues de algunos años de matrimonio, es de lo más vulgar y del peor tono posible.

MARQ. Yo no profesaré jamás esos principios.

PANCHO. Vosotros sois en todo una excepcion; pero yo, que estudio bien vuestra sociedad... he observado que un marido burlado no debe jamás apercibirse de ciertas cosas, ni mucho ménos promover escándalos. Es cuestion de amor propio fingir que nada sabe, que nada ve, que nada comprende, y hasta se considera como un deber estrechar cordial y públicamente la mano del amante de su mujer. Esto será muy cómodo, pero en mi país un marido burlado no se anda con bromitas, y con la mayor sencillez del mundo, de una estocada ó de un pistoletazo mata al amante y... estamos?

ALF. Y en ello obra como debe.

MARQ. No soy de la misma opinion.

PANCHO. Cómo no?

MARQ. Yo creo que si el marido ama verdaderamente á su esposa, es él el que debe matarse.

LUISA. (Dios mio!)

PANCHO. Demonio! pues me gusta tu lógica!

ALF. No lo comprendo.

MARQ. Muy sencillo: satisfecha su venganza, será por eso ménos desgraciado al dia siguiente si le falta el amor de su mujer? Afortunadamente ninguno de vosotros se halla en el caso de elegir.

## ESCENA II.

DICHOS, JUAN.

JUAN. (Á Luisa anunciando.) La señora de Villavicencio y la señorita Emilia.

LUISA. Que pasen á mi gabinete y esperen un momento.

MARQ. Creo que nosotros debemos ir á dar una vuelta al Prado, y si Luisa nos da licencia...

- LUISA. Con mucho gusto.
- MARQ. Con eso te dejamos libre para recibir á tus amigas. Vamos, primito, haz un esfuerzo y ponte en movimiento.
- PANCHO. Niño, eres mi verdugo! Hacerme levantar cuando me encontraba bien!...
- ALF. Despues de comer es muy higiénico el ejercicio.
- PANCHO. Gracias!... Á mí me lo ha prohibido el médico.
- MARQ. Amigo Sandoval, ayúdame á levantar á este pobre niño...
- ALF. Yípesa bien.
- MARQ. Luego nos dará las gracias!
- PANCHO. Mucho lo dudo. En fin, me rindo, pero á condicion de que hemos de andar muy poco.
- ALF. Un par de vueltas todo lo más.
- MARQ. Hasta luego, mi querida Luisa.
- ALF. Señora...
- PANCHO. Prima, compadéceme, soy víctima de tu marido.
- MARQ. Vamos, vamos.
- LUISA. Adios, señores.

### ESCENA III.

LUISA, sola. Despues, JUAN. Momentos despues MARGARITA y EMILIA.

- LUISA. Cuánto me ama! y sin embargo el exceso de mi felicidad me humilla! (Aparece Juan.) Á esas señoras que tenían la bondad de pasar á esta sala. (Váse Juan, é inmediatamente aparecen Emilia y Margarita.) Emilia!... Margarita, perdonadme si os hice esperar, pero mi esposo se hallaba aquí con unos amigos... (Y tú sabes que procuro se encuentre con Emilia lo ménos posible.)
- MARG. (Lo comprendo.)
- LUISA. Déjame que te contemple bien. Sabes que te sienta admirablemente ese traje y ese sombrero?
- EMILIA. El vestido, como suele decirse, es fábrica de casa; yo mismo me lo he hecho.
- LUISA. De veras?

- EMILIA. Creo que no me doy mala maña, no es verdad?
- LUISA. Y tanto que su forma es más elegante que los que me hace á mi Victorina.
- MARG. Amiga, como no somos ricas es preciso economizar...
- LUISA. Y qué tal la nueva casa de la calle del Pez, os gusta?
- EMILIA. Estamos contentísimas. Por mi parte me paso todo el día en el jardín. ¡Qué felicidad haber encontrado una habitación tan barata con este recreo, que en Madrid se paga bien caro!
- MARG. Pero la niña abusa de mi condescendencia: anoche eran las diez y me costó trabajo arrancarla de allí.
- LUISA. Haces mal, las noches empiezan á ser frías.
- EMILIA. No corro ningún peligro. Cu ando hace demasiado frío me refugio en el cenador... es tan bonito!
- MARG. (Tengo que hablarte.) Niña, déjanos un momento solas; tengo que hablar con Luisa ciertos asuntos de interés...
- EMILIA. Con mucho gusto.
- LUISA. Entra en mi cuarto, y sobre la cómoda hallarás un album fotográfico que he comprado para tí.
- EMILIA. Cuán buena es usted!
- LUISA. No tanto sin embargo como yo quisiera!

#### ESCENA IV.

LUISA, MARGARITA.

- LUISA. Triste destino el mio! amar á mi esposo, adorar á esa padre niña y verme condenada á ocultar en el fondo del alma estos dos sentimientos que me ahogan y que se rechazan... (Se sientan.)
- MARG. Que contengas los impulsos de tu corazón respecto á Emilia, lo comprendo, pero con tu esposo, por qué violentarte puesto que le amas?
- LUISA. Porque tú no sabes que es imposible decir con serenidad «Yo te amo» al hombre á quien se ha engañado una vez!
- MARG. No se engaña á un hombre sino cuando se ama á otro,

y tú no has amado jamás á nadie sino á tu esposo. Víctima de la más infame violencia, del lazo más infame, eres inocente á los ojos de Dios.

LUISA. Pero los hombres no pueden hacer esta clase de distinciones, y si mi esposo llegase á saber mi secreto, tendría el derecho de castigarme.

MARG. Castigarte! y por qué? De quién es la culpa si á los quince dias de su matrimonio acepta una mision diplomática en América y deja abandonada por espacio de dos años á una niña de diez y siete expuesta á todos los peligros, sin apoyo, sin defensa y en medio de una sociedad inmoral y corrompida!

LUISA. Oh! .

MARG. Qué extraño. pues, que fueses víctima de un infame, que no habiendo podido obtener tu mano habia jurado vengarse!

LUISA. Dios le ha juzgado ya! Dichoso él que no existe y ni la vergüenza enrojece su rostro, ni el remordimiento le abate.

MARG. Piensa que tienes deberes que cumplir y esta reflexion te dará valor.

LUISA. Lo sé, pero tampoco se me oculta que engaño todos los dias á mi marido! Oh! si llegase á descubrir la verdad, si dejase de amarme, me moriria de desesperacion!

MARG. Afortunadamente no es fácil; el secreto morirá con las dos. Mi estado de viuda y la independencia que disfruto me han permitido hacerte este servicio adoptando á Emilia y haciendo para con ella las veces de madre.

LUISA. Cuánto te debo!

MARG. Pienso por el contrario, que aún te soy deudora. Yo me casé un año ántes que tú, pero tuve la desgracia de perder á mi esposo cuando el tuyo te conducia al altar. Sola en el mundo, sin hijos, sin parientes, sin persona alguna en quien depositar mi cariño, Emilia ha sido para mí un consuelo que el cielo me ha concedido.

LUISA. Yo en tanto sufro el castigo de mi falta! arrastro ■■ cruz sin quejarme y con resignacion.

- MARG. Pobre Luisa!
- LUISA. Y qué tenias de decirme? (Levantándose.)
- MARG. En estos momentos en que te veo tan abatida... no sé si debo...
- LUISA. Alguna nueva desgracia?
- MARG. Inmediatamente no, pero sí lejana.
- LUISA. Se trata de Emilia? explícate.
- MARG. Conoces á un caballero que se llama Alfredo de Sandoval?
- LUISA. En este momento acaba de salir de aquí; es íntimo amigo de mi marido y se halla empleado en el Ministerio de Estado.
- MARG. Sabes dónde vive?
- LUISA. No.
- MARG. Pues ocupa el cuarto segundo de nuestra casa; aunque tiene la entrada por la calle Ancha, sus ventanas interiores tienen vistas á nuestro jardín.
- LUISA. Y bien?...
- MARG. Me he creído obligada á tomar todos estos informes, porque en el cenador he encontrado esta carta. (Presentándola una carta.)
- LUISA. Una declaracion dirigida á Emilia.
- MARG. Desgraciadamente su contenido hace presumir que no ha sido la primera.
- LUISA. Oh! Yo no creo que esto sea más que un juego de niños. No juzgo á Sandoval capaz de intentar la seducion de una pobre niña... Sin embargo...
- MARG. Emilia tiene una imaginacion viva, exaltada, romancesca!...
- LUISA. Tienes razon; siendo así corre un verdadero peligro y nosotras debemos evitar... En la posicion en que Sandoval se halla colocado no pensará jamás en casarse con una pobre huérfana que carece absolutamente de nombre y de fortuna.
- MARG. Y aunque pensase de otro modo y se decidiese á ofrecerla su nombre, es necesario tener en cuenta que exigiria antecedentes que nosotras no le podemos dar...

LUISA. Tienes razon; pero ante todo procuremos saber positivamente la verdad. Interroguemos á Emilia; una de sus más bellas cualidades es que no sabe mentir.

MARG. Sí, sí; sepamos pronto... Emilia?

### ESCENA V.

DICHAS, EMILIA.

EMILIA. Qué álbum tan precioso. (Con el álbum en la mano.) Doy á usted mil gracias por su recuerdo... Siempre tan buena y tan generosa para conmigo!

LUISA. Tú te lo mereces todo.

EMILIA. Ha reparado usted en esta vista de Nápoles? Qué hermoso pais!... qué rica naturaleza! Con qué gusto viajaría yo por todos estos sitios!

MARG. Con nosotras?

EMILIA. Sí, sí... Con ustedes siempre me seria grato... pero como yo no sé mentir, no quiero ocultar que mi pensamiento...

MARG. Giraba en otra esfera, no es esto!

LUISA. Vaya, veamos; cuéntanos tu bello ideal.

EMILIA. Es muy sencillo... Me gustaria mucho viajar con mi esposo, si algun dia llego á casarme.

MARG. Bueno será, hija mia, que no formes anticipadamente fantásticos castillos en el aire.

EMILIA. Por qué?

LUISA. Hay pocos hombres que puedan viajar sólo por placer: como este género de distraccion cuesta bastante caro, seria preciso que el que te ofreciese su mano fuese un capitalista ó un...

EMILIA. Ó un diplomático.

LUISA. Hola; parece que estás mejor enterada de lo que debiamos presumir.

EMILIA. Un poco!

MARG. Pero á las jóvenes que, como tú, carecen de fortuna, no les es fácil encontrar esa clase de proporciones...



LUISA. Por mi parte, que sigan esa carrera sólo conozco dos, mi esposo y Alfredo Sandoval.

EMILIA. Ah!

LUISA. Le conoces tú también?

EMILIA. Vive en nuestra misma casa.

LUISA. Y acostumbras á verle muy á menudo?

EMILIA. En su balcon algunas veces... casi... todos los dias...

LUISA. Es decir que únicamente le conoces de vista.

EMILIA. No por cierto; tambien conozco sus defectos y sus bellas cualidades.

LUISA. Y cuáles son?

EMILIA. En primer lugar tiene la mala costumbre de levantarse tarde...

MARG. Hola!... Y despues? .

EMILIA. No le conozco otros defectos.

LUISA. Efectivamente que no son muchos.

MARG. Apuesto á que las bellas cualidades están en mayoría!

EMILIA. Oh! Sí señora! porque es noble, bueno, caritativo, generoso! (Con entusiasmo.)

MARG. Y cómo sabes tú?...

EMILIA. Escuchad.—Ayer, sin ir más lejos, entró en el patio de nuestra casa una pobre mendiga con una niña en los brazos; la pobrecita lloraba de hambre y de frio. El portero, en vez de socorrerla, se disponia ya á echarla brutalmente á la calle, cuando un hermoso y reluciente duro vino á caer á sus piés.

MARG. Es una buena accion.

EMILIA. Su autor, que no era otro que el señor de Sandoval, no se contentó con esto; bajó al patio, tomó á la niña en brazos, la acarició, la consoló, y haciendo subir á la madre, la vi salir al poco tiempo con un gran lio de ropa debajo del brazo. Ambas lloraban de alegría, y la pobre niña le tiraba besos desde la escalera. Eran tan felices!... Así deberian comprender todos la caridad. Á mí me conmovió tanto aquella escena, que como ahora, las lágrimas asomaron á mis ojos.

LUISA. (Le ama!) Si para ello tuviéramos valor, mi querida



Emilia, te reñiríamos muy severamente.

EMILIA. Reñirme!... y por qué?

MARG. Porque no está bien en una jóven como tú ocuparse tanto de los vecinos.

LUISA. Esa curiosidad pudiera ser peligrosa.

EMILIA. Peligrosa!...

LUISA. Sí, hija mia; nosotras tenemos el deber de advertirte, de aconsejarte... Lo que hoy no es más que una inocente inclinacion, pudiera mañana tomar sérias proporciones, y lágrimas ménos dulces surcarian entónces tus mejillas. El señor de Sandoval no puede ocuparse de tí.

EMILIA. Puesto que ustedes me obligan á ello les diré franca-mente que, de la manera más respetuosa, me ha declarado ya su amor.

MARG. Y por qué habérmolo ocultado hasta ahora?

EMILIA. (Con marcado sentimiento.) Ah!... ustedes deben ser indulgentes conmigo! Si pudieran comprender cuán feliz se considera la que, huérfana y sin fortuna, encuentra en su soledad y en su abandono personas que se interesen, que nos amen!

MARG. Emilia!

LUISA. Hija mia!

EMILIA. Lejos de mí la idea de ofender á ustedes que, amigas de la que me dió el ser segun me han dicho, me han adoptado y me colman continuamente de cariñosas atenciones... Oh! mi agradecimiento será eterno! pero vuestros besos, por dulces que ellos sean, podrán nunca reemplazar los de una madre?

LUISA. (Dios mio!)

EMILIA. Siento afligir á ustedes, pero se ha hecho un llamamiento á mi franqueza, y faltaria á mi deber con las personas á quienes más amo en el mundo, si no les abriese completamente mi corazon... Una madre!... Cuánto la hubiera yo amado!... es seguro que jamás otro amor que el suyo habria tenido cabida en mi alma!

LUISA. Emilia! (No pudiendo contenerse va á arrojarle en los brazos de Emilia; el Marqués aparece en el fondo.)

MARG. (Tu marido.)

## ESCENA VI.

DICHAS, el MARQUÉS.

MARQ. Te creía sola. (Deteniéndose al entrar.) Si estorbo á ustedes, me retiro.

LUISA. Qué disparate.

MARG. No faltaba más; nosotras nos retirábamos ya.

MARQ. Lo siento en el alma... Esta señorita cada vez más bella.

EMILIA. Mil gracias!

MARQ. Por cierto que hace días echo á ustedes de ménos en paseo.

MARG. Desde que nos hemos mudado salimos poco... ahora vivimos en un destierro!

EMILIA. Pero tenemos un bonito jardín.

MARG. Adios, Luisa... Señor Marqués...

MARQ. Señora!...

MARG. (Mañana nos veremos.)

LUISA. Adios, Emilia. Conserva mi álbum; pero cuidado con distraerse mucho en los paisajes...

EMILIA. No hay peligro, señora; hay otra fotografía en el álbum que me agrada mucho más.

LUISA. Cuál?

EMILIA. El retrato de usted. (Dándola un beso.)

## ESCENA VII.

LUISA, el MARQUÉS.

MARQ. Qué niña tan bella, tan modesta, tan bien educada! Es huérfana según me has dicho?

LUISA. Sí!...

MARQ. Qué edad tiene?

LUISA. Diez y siete años.

MARQ. Hola!... pues ustedes que son sus protectoras deben ir

pensando en establecerla; yo me ofrezco á ayudar á ustedes para buscarla un buen partido.

LUISA. Es demasiado pronto.

MARQ. Cómo pronto? Olvidas, amada Luisa mia, que apenas tenias su edad cuando me hiciste el más feliz de los hombres?

LUISA. Sí, y tambien recuerdo que al poco tiempo me abandonaste!

MARQ. Para ir á América á desempeñar una mision diplomática! Cuando uno es jóven y sigue la carrera á que yo pertenezco, la esperanza de llegar un día á ser ministro ó embajador, nos hace ser tan estúpidamente ambiciosos, que sacrificamos la felicidad del hogar doméstico, las más puras alegrías de la familia, y hasta abandonamos, como yo lo hice, una mujer jóven y bella dejándola expuesta á toda clase de seducciones! Verdaderamente se necesita para no sucumbir, para no dejarse arrastrar por el mal ejemplo, ser lo que tú fuiste, una mujer de corazon, una santa.

LUISA. (Dios mio!)

MARQ. No es la primera vez que me hago estas reflexiones. Es un remordimiento que me atormenta desde el día en que al regresar de mis viajes te encontré más bella que ántes, pero triste, abatida y como disgustada... Sólo entónces comprendí que era estúpido correr el mundo en busca de la gloria, cuando la felicidad me sonreia en mi casa. Desde entónces he descubierto en tí, mi adorada Luisa, tesoros que yo ignoraba, y empecé á amarte con un amor tan nuevo, tan ardiente, que sólo se extinguirá con mi vida; pero yo necesito para que mi felicidad sea completa, oír de tus labios á cada momento que me perdonas mi abandono, que me amas tanto como yo te amo!

LUISA. Y puedes dudarlo!

MARQ. Tú no puedes imaginarte lo feliz que soy en este momento; tanto, que casi me avergüenzo de mi alegría, porque á mi edad debe uno ser más razonable!... pero

qué quieres?... á los veinte años y contra lo que debe esperarse de esta edad, yo no veía más que el lado práctico de la vida, el orgullo, la ambición, el deseo de elevarme; hoy he cumplido cuarenta, y gracias á tí, corro en busca de mi pasado, deseo recobrar los hermosos años que tan neciamente he perdido... y creo en la poesía, en el amor! me juzgo jóven, me siento vivir... amo! (Abrazando á Luisa.)

LUISA. (Dios mío, no me arrebatéis la felicidad de que disfruto.) (Pancho aparece con el sombrero puesto en el dintel de la puerta.)

PANCHO. Nada, niños, con franqueza! continuen ustedes... me parece bien!...

LUISA. (Mi sueño ha terminado!) (Luisa y el Marqués se sientan en el diván de la derecha.)

### ESCENA VIII.

DICHOS, PANCHO.

PANCHO. Sabes, niño, que tienes unas gracias, que maldita la gracia que yo les encuentro. (Se sienta en una butaca.)

MARQ. Por qué?

PANCHO. Claro está; podías haberme dicho que te acosaba la necesidad de venir á abrazar á tu mujer y traerme contigo. Yo no te hubiera estorbado... Pero eso de dejarme solo en medio del Prado sobre mis pobres piernas...

MARQ. Tus piernas... tus piernas... no parece sino que en el Prado no hay sillas donde sentarse. (Con enfado.)

LUISA. Y hasta sillones.

PANCHO. Os las regalo. Las conozco bien y no me pescarán... Á nadie se le ocurre llamar sillas á esas horribles planchas de hierro amarillo, que á los diez minutos de haberlas ocupado os forman caprichosos dibujos en las piernas y en las espaldas.

LUISA. Eso es una exageración!

PANCHO. Yo no exagero... es la pura verdad... y el señor Tronchon, inventor de esa especie de alambreras, puede va-

magloriarse de haber sido bastante *duro* para sus semejantes.

MARQ. En fin, si no querias sentarte pudiste haberme seguido.

PANCHO. Al galope, como tú acostumbras? gracias: lo que siento es haber interrumpido vuestro dulce coloquio... por lo visto no llevaba trazas de terminar tan pronto. (Sonriendo.)

MARQ. Pero qué has hecho de mi amigo Sandoval? yo te habia confiado á él...

PANCHO. Sí! pues tuviste una buena idea... puedes lisonjearle.

MARQ. Por qué?

PANCHO. Porque tu amigo está esta noche de lo más pesado y más fastidioso que he conocido en mi vida... Creerás, prima, que por dos horas consecutivas no ha hecho otra cosa que hablarme de sus amores?

MARQ. De veras?

LUISA. De sus amores?

PANCHO. Ó de su amor, como os parezca mejor.

MARQ. Es decir que te ha elegido por confidente.

PANCHO. Lo cual no pienses que me lisonjea: me ha elegido á mí porque no tenia otro más á mano.—Tus vings se le habrán subido á la cabeza y estaba lo más comunicativo!...

MARQ. Es decir que ha estado muy hablador.

PANCHO. Hablador sí, pero por lo demas discreto.

LUISA. No comprendo lo que quieres decir.

PANCHO. Quiero decir, que en su relacion se ha guardado bien de nombrar ni comprometer á nadie.

MARQ. No ha hecho más que cumplir con su deber.

PANCHO. Entre tantas jóvenes bonitas como hay en Madrid (porque él dice que es muy bonita), vaya usted á saber cuál es la que le tiene hechizado!

LUISA. Conque es bonita?

PANCHO. Preciosa, á lo que parece, y él, segun se explica, está perdidamente enamorado.

MARQ. Pues que se case.

PANCHO. Eso no es tan fácil, la posicion de la joven es bastante delicada, estamos? La niña en cuestion es huérfana; no

tiene padres, ni fortuna, ni...

MARQ. Entónces, lo que mejor puede hacer es olvidarla.

PANCHO. Eso tambien es muy fácil de decir; pero si el pobre ha cometido la inocentada de enamorarse como un loco!

MARQ. Y qué quieres que haga?

PANCHO. Yo? pues me gusta! á mí, qué me importa; allá se las arreglen como puedan... por mi parte, me lavo las manos... pero tu amigo que ansía aproximarse á la jóven para hablarla más de cerca, ha proyectado para esta noche...

LUISA. El qué?...

PANCHO. Escalar las tapias de su jardin, donde la niña acostumbra á pasearse hasta bastante tarde.

LUISA. (Dios mio!)

PANCHO. Y como segun parece, la Filis en cuestion ha recibido ya varias cartas incendiarias, y Sandoval es emprendedor, y finalmente, el vinillo se le ha subido á la cabeza...

LUISA. Y bien. (Levantándose.)

PANCHO. La virtud de la bella corre gran peligro, debemos confesarlo.

LUISA. (Qué hacer, Dios mio!) (Con emociion mal reprimida.)

PANCHO. Pero hablando de otra cosa: sabes, prima, que si las sillas del Prado son horribles. los muebles de tu casa son extremadamente cómodos?

MARQ. De veras?

LUISA. (Á toda costa, y suceda lo que suceda, yo debo velar por ella.) (Movimiento para retirarse.)

MARQ. Te retiras ya? Tan pronto nos abandonas?

LUISA. Sí, es ya bastante tarde.

PANCHO. Adios, prima; me dispensas que no me levante á despedirte?

LUISA. No te incomodes, te lo suplico.

MARQ. Tu mano está ardiendo! Te ha vuelto la jaqueca?

LUISA. Positivamente no me encuentro bien!

MARQ. Quieres que envíe á buscar al médico?

LUISA. No; ¡es inútil... esto no será nada; voy á acostarme y creo que si puedo dormir algunas horas, mañana me encontraré buena.

MARQ. Como gustes.

LUISA. Adios.

PANCHO. Buenas noches, prima. (El Marqués conduce á su esposa de la mano hasta la puerta de su habitacion.)

### ESCENA IX.

PANCHO, el MARQUES.

MARQ. (No sé por qué, pero la variacion repentina que observo en Luisa, no me parece natural. Habrá algun motivo en todo esto?) (El Marqués se pasea pensativo, y como preocupado.)

PANCHO. Primo!

MARQ. Qué te ocurre?

PANCHO. Es que te dispones á cenar?

MARQ. Estás loco! pues no nos hemos levantado de la mesa hace pcco?

PANCHO. Lo pregunto, porque como te paseas como las fieras del Retiro cuando se acerca el instante de su colacion...

MARQ. (La historia que Pancho nos ha contado de los amores de Sandoval ha parecido impresionada! Pero qué disparate! qué la importan á ella los amores de Alfredo, ni qué relacion tiene...)

PANCHO. Vuelven los paseitos? Diablo!... Ya me he constipado, Primo!

MARQ. Otra vez? qué quieres? (Con enfado.)

PANCHO. Si tuvieras la bondad, mientras paseas, de dirigirte hácia el balcon...

MARQ. Y para qué?

PANCHO. Para cerrarlo; las noches van siendo frias...

MARQ. Voy á complacerte. (Se dirige al balcon.)

PANCHO. Qué amable eres, niño; en recompensa, cuando escriba á mi corresponsal de la Martinica, le voy á encargar



un negrito para tí, y una negrita para Luisa.

MARQ. (Asomando al balcon,) (Ah! qué veo?... imposible! mis ojos me habrán engañado! ella!... salir furtivamente de casa y á semejante hora!...)

PANCHO. Otra vez?

MARQ. (Dios mio, qué quiere decir esto!... cuando hace un momento... aquí mismo...) Luisa! Luisa! (Dirigiéndose á la puerta de la habitacion de Luisa, que está cerrada por dentro.)

PANCHO. Pero hombre, que la vas á despertar: no has oido que tenia jaqueca?

MARQ. (Tal vez era un pretesto para alejarse! Oh!... corramos á su alcance... pronto sabré si mi desdicha es cierta!) (Váse por el foro.)

PANCHO. Oyes, niño; te vas sin cerrar el balcon? Qué le habré dado? No, pues lo que es yo, me encuentro muy bien y no me levanto... achis! Si... pues ni por esas. Á bien que durmiendo no se estornuda. Probemos.

(Se coloca cómodamente en el divan, echándose encima el abrigo.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.



---

---

## ACTO SEGUNDO.

---

La misma decoracion del primer acto.—La escena a oscuras, los balcones cerrados y las cortinas corridas.—Pancho en la misma posicion que quedó á la terminacion del primer acto: duerme profundamente en el divan.

### ESCENA PRIMERA.

PANCHO, el MARQUÉS, JUAN.

MARQ. Dices que está aquí? (Entrando por el fondo.)

JUAN. Sí, señor Marqués. En el sofá ha pasado la noche: cuando vine á apagar las luces y á cerrar el balcon, dormia tan profundamente que no me atreví á despertarle.

MARQ. Está bien... vete. (Juan saluda y se retira.)

### ESCENA II.

EL MARQUÉS, PANCHO, durmiendo.

MARQ. Quién me diria anoche cuando la hablaba en este sitio de mi amor y ella me confesaba el suyo, que á las pocas horas un desengaño horrible vendria á destrozar mi alma y á hacerme tan desgraciado!... Engañarme

así!... Oh!... es para volverse loco!... (Se sienta cubriéndose la cara con ambas manos.)

PANCHO. Más despacio, cochero, el movimiento me molesta... pára, animal!...

MARQ. Pancho duerme sin presumir siquiera que durante su sueño he envejecido diez años!... Pancho!...

PANCHO. Eh?... Qué es eso?...

MARQ. Despierta.

PANCHO. Es muy temprano. Llévate la ropa y los botitos y déjame en paz.

MARQ. No es Juan, soy yo el que te llama... Despierta.

PANCHO. Vamos, esto es insoportable! Qué es lo que quieres?

MARQ. Necesito hablarte.

PANCHO. Habla cuanto quieras, pero dame primero la manta que debe haberse caído al suelo. Tengo frío.

MARQ. Pero aun no has reparado que te hallas vestido y acostado en el sofá?...

PANCHO. Calle, pues es verdad!... Y cómo diablos ha sucedido esto?

MARQ. Te quedaste aquí dormido anoche, y en este momento son las diez de la mañana.

PANCHO. Las diez?... Entónces hasta luego... Voy á acostarme formalmente... (Se levanta.) dí que me despierten á las cuatro, lo entiendes, niño?

MARQ. Imposible... ya te he dicho que necesito hablarte.

PANCHO. Pero, á estas horas?... éso es una inhumanidad!

MARQ. Debo batirme hoy mismo.

PANCHO. Eh!... (Sorprendido.)

MARQ. Con Alfredo de Sandoval.

PANCHO. Con tu amigo?... Sabes que era inútil que me despertases para decirme tontunas por el estilo?... Por mi parte maldito el chiste que les encuentro.

MARQ. Mírame bien.

PANCHO. Te miro.

MARQ. Tengo cara de broma?

PANCHO. Positivamente, no.

MARQ. Entónces hazme el favor de creermelo que te digo.

PANCHO. Pero permíteme también á mí que te diga que semejante lance es de lo más inverosímil, de lo más absurdo! Sandoval estaba aquí con nosotros anoche, y en la mejor armonía... Cuándo diablos han podido ustedes verse, faltarse...

MARQ. Esta noche en el Casino, de resultas de una jugada á l'ecartée.

PANCHO. Y quién ha sido el agresor?

MARQ. Yo.

PANCHO. Si lo tengo dicho! El Casino no puede proporcionar más que disgustos.—Cuánto mejor hubieran ustedes hecho en acostarse!

MARQ. Es verdad, pero las reflexiones vienen un poco tarde. Escucha: he elegido por testigo á un antiguo amigo de colegio, al coronel Palma, que ya está enterado de todo y que te espera dentro de media hora en el Suizo.

PANCHO. Que me espera? Y para qué?

MARQ. Para que se pongan ustedes de acuerdo. Rehusarás ser mi segundo testigo?

PANCHO. Pero señor, verme yo comprometido en un negocio de esta especie!... cuando he venido únicamente á España buscando el sosiego y la tranquilidad!...

MARQ. Si esto te contraria...

PANCHO. Aunque me contrarie yo no puedo abandonarte; pero tampoco puedes impedirme que me lamente... Pero por qué diablos no te viniste á casa en vez de ir. .

MARQ. Al Casino; sí, ya lo sé, pero...

PANCHO. En fin, no hay esperanza de arreglo?

MARQ. Imposible... La injuria ha sido harto grave...

PANCHO. Entónces voy en busca del coronel. Sabes que estuve inspirado anoche no desnudándome! Un trabajo ménos. (Sube al fondo, coge su sombrero y vuelve.) Ah!... se me olvidaba... qué arma prefieres?

MARQ. Yo no tengo el derecho de eleccion; Sandoval es el ofendido.

PANCHO. Es verdad; aquí esa es la costumbre. En América lo

entendemos mucho mejor, estamos? En un duelo cada adversario lleva las armas que mejor le parecen... pistolas, revolvers, sables, carabinas... No, no te rias; muchas veces se ha visto. En fin, si Sandoval elige la espada, sabes manejarla?

MARQ. Un poco.

PANCHO. Tienes armas de combate?

MARQ. Sí.

PANCHO. Son ligeras... bien montadas?

MARQ. Eres inteligente?

PANCHO. Niño, siete desafíos he tenido en la Guadalupe y siempre ha sido mi arma predilecta.

MARQ. Siete?...

PANCHO. Con otros tantos mulatos, que por más que les tenía prohibido que me saludasen, siempre que me encontraban en la calle barriaban el suelo con el sombrero. Maté á cuatro y herí á los tres restantes, curándoles de la maldita manía de ser cumplimenteros.—Con que vamos á ver, dónde tienes tus espadas... necesito verlas.

MARQ. Voy yo mismo á traerlas, para que en seguida vayas en busca del coronel... estará impaciente. (Entra en su cuarto.)

PANCHO. Que espere, que espere... á bien que no tendrá mucho que hacer.—¡Y luego dicen que la felicidad viene durmiendo!... (Viendo entrar á Luisa.) Ah! la prima!—Con tal de que no sospeche nada.—Si yo pudiera escurrirme... probemos. (Queriendo marcharse. Luisa le detiene )

### ESCENA III.

PANCHO, LUISA.

LUISA. Adónde vas? (Saliendo precipitadamente.)

PANCHO. (Me pilló!)

LUISA. Tan temprano y ya levantado!...

PANCHO. Voy, voy... al Retiro á tomar leche.

LUISA. De veras?

PANCHO. Sí por cierto... es muy estomacal...

LUISA. Es que yo necesito saber... (Con ansiedad.)

PANCHO. (Adios, la bomba va á estallar.) Primita... más tarde hablaremos, entiendes, pero en este momento tengo prisa y...

LUISA. No saldrás sin haberme explicado ántes qué es lo que pasa aquí. Mi esposo salió anoche y no ha vuelto hasta una hora muy avanzada. No se ha acostado y desde mi alcoba le he oído pasear hasta esta mañana.

PANCHO. Señal que tampoco tú dormías.

LUISA. Hoy á las ocho ha vuelto á salir: tú mismo, tan perezoso, estás levantado contra tu costumbre á las diez de la mañana, y esto no es natural!

PANCHO. No sólo no es natural sino que es muy mal sano.

LUISA. Ahora bien, yo necesito que me expliques...

PANCHO. Prima, mis explicaciones de nada servirían, tiempo perdido... Conque... (Queriendo escaparse.)

LUISA. Y yo que habia contado con tu amistad, con tu cariño...

PANCHO. Cuidado con enternecerme, soy extremadamente nervioso y el doctor me tiene prohibido...

LUISA. Pancho, si alguna desgracia amenaza á mi esposo, quiero saberla... mi deber es evitar...

PANCHO. Pero, niña, cuando yo te aseguro...

LUISA. Que aquí ocurre algo extraordinario no me lo puedes negar.—Vamos á ver, por qué no decirme la verdad? Yo soy fuerte, tengo valor.

PANCHO. Sí, eso dicen todas y luego se desmayan en seguida.

LUISA. Serás sordo á mis súplicas, á mis ruegos?

PANCHO. Prima... Ah! ya está él aquí... Cómo impedir... (Pancho procura ponerse delante y hace señas al Marqués, que ésto no comprende.)

#### ESCENA IV.

DICHOS, el MARQUÉS.

MARQ. Efectivamente, (Sin reparar en Luisa.) mis armas son de-

masiado pesadas; en su consecuencia pueden ustedes aceptar las de mi adversario.

LUISA. Un duelo!...

MARQ. Luisa!... (Viéndola.)

PANCHO. (La escena de familia es inevitable. Vamos en busca del coronel. (Váse por el fondo.)

## ESCENA V.

LUISA, el MARQUÉS.

MARQ. Ayer hubiera creído en su emoción, pero hoy...

LUISA. Y cuál es la causa de ese desafío?

MARQ. No lo adivina usted?

LUISA. Esa severidad!...

MARQ. Tal vez pretenda usted también hacerme creer que no tengo razón.

LUISA. Al menos no me explico lo que te obliga á mostrarte conmigo tan severo.

MARQ. Hoy debo batirme con su amante de usted, señora.

LUISA. Con mi amante? (Sorprendida.)

MARQ. Con Alfredo de Sandoval.

LUISA. Sandoval mi amante? Te has vuelto loco?

MARQ. Anoche he seguido á usted cuando furtivamente salió á la calle; la he visto procurando recatarse de todo el mundo entrar en casa de ese hombre infame, y dudando aún si mis ojos podrían engañarme he tenido el horrible valor de esperar á que volviera usted á salir. Desvanecida completamente mi duda, me he dirigido al Casino, he buscado un pretexto y he insultado gravemente á ese hombre, y si las personas extrañas no han podido adivinar el verdadero motivo, él lo habrá comprendido perfectamente.

LUISA. Imposible, él no puede comprender nada, ¡nada!

MARQ. Existe la conciencia, señora?

LUISA. (Dios mío!... y yo no puedo defenderme sin comprometer á mi hija! Sin embargo, es preciso; se trata de la vida de mi esposo.) (Con desesperación.)

MARQ. Y bien, señora?

LUISA. Perdóname, pero me encuentro tan turbada... tan conmovida bajo el peso de una acusación tan extraña, que apenas puedo articular palabra. (Tranquilizándose un poco y con cariño) Vámonos á ver, tranquilízate: quieres saber positivamente á donde me dirigí anoche?

MARQ. Desgraciadamente no me es posible dudar...

LUISA. Te engañas. Sandoval habita, es verdad, el piso segundo de la calle Ancha de San Bernardo, pero en el principal interior, que comunica con la calle del Pez, viven hace un mes mis amigas Emilia y Margarita.

MARQ. Será cierto?

LUISA. Si dudas, es bien fácil convencerte por tí mismo.

MARQ. No puedo ménos de confesar que el sistema de defensa es bastante ingenioso.

LUISA. Además yo no conozco á Sandoval ni le he hablado nunca sino en tu presencia.

MARQ. Entónces con qué objeto y á una hora tan intempestiva se ha dirigido usted á casa de esas señoras precisamente cuando si algo tenia usted que decirles, habian estado aquí de visita hasta las diez de la noche?

LUISA. Puesto que no hay otro remedio lo sabrás todo. Recordarás que momentos despues de haber partido, nuestro primo nos contó una historia de amor en la que se trataba de una jóven de la cual Sandoval se hallaba perdidamente enamorado.

MARQ. Es cierto; y desde aquel momento empezó la agitacion, la ansiedad y no pudiendo usted contenerse, salió furtivamente de casa á...

LUISA. Sí, á prevenir una desgracia, á evitar que una pobre niña fuese víctima del peligro inminente que la amenazaba... porque lo que tú no podias saber lo sabia yo, y desde las primeras palabras de nuestro primo adiviné que se trataba de Emilia.

MARQ. De Emilia! ..

LUISA. La situacion era grave; un minuto de retardo podria hacer el mal irreparable y corrí á avisar á Margarita.



MARQ. Será cierto!

LUISA. Mi buen corazon me hizo volar en auxilio de esa pobre niña cuyo honor y cuya reputacion se hallaban comprometidas. Tal es mi delito.

MARQ. Pero si efectivamente todo eso es verdad, por qué ocultármelo? por qué hacer un misterio?—Yo me intereso tambien por ella y bastaba una palabra para que te hubiera ofrecido mi brazo y yo mismo te habia acompañado á su casa.

LUISA. Tienes razon, pero en aquel momento no me ocurrió lo que ahora me parece tan natural. Salí sola como lo hago todos los dias sin pensar en la hora ni mucho ménos que fueses celoso y arrebatado hasta ese extremo.

MARQ. Tampoco yo lo sabia; pero hoy he tenido ocasion de convencerme de que todas nuestras pasiones estallan con mayer violencia cuanto mayor es el tiempo que han estado ocultas!... Conque es decir que me he conducido como un niño! Ah! tú no sabrás nunca lo que he padecido esta noche!

LUISA. Y yo?... crees que no he sufrido tambien?—Pero al presente soy feliz; he conseguido convencerte y ya no te batirás. (Se oye dentro la voz de Pincho.)

MARQ. Silencio... oigo la voz de nuestro primo— déjame solo con él.

LUISA. Pero...

MARQ. Nadie en el mundo debe penetrar la causa de mi agresion. Un marido celoso es altamente ridículo sobre todo cuando sus sospechas carecen de fundamento; pero Pancho es uno de mis testigos y es preciso que me ponga de acuerdo con él para lo que me resta que hacer.

LUISA. Fernando!... (Suplicante.)

MARQ. Tranquilizate, pero déjanos solos, te lo suplico. (Luisa se retira á pesar suyo.)



ESCENA VI.

PANCHO, el MARQUÉS.

MARQ. La explicacion me parece ahora tan natural!—Es posible que siempre hemos de pensar lo peor!. Qué razon, qué derecho tenia yo para ofenderla con mis sospechas! (Viendo á Pancho, que entra muy fatigado y viene á dejarse caer sobre una butaca.) Y bien, has encontrado á Palma?

PANCHO. Hombre, déjame respirar. Uf! Vamos, ya voy estando un poco mejor.

MARQ. Más vale así.

PANCHO. Pues sí, señor; he encontrado á tu coronel en la puerta del café, me ha hecho subir en su berlina que le estaba esperando; hemos ido á ver á los testigos de Sandoval y el negocio se terminará á las dos de la tarde en el camino del puente de San Fernando.

MARQ. Quiénes son los otros testigos?

PANCHO. Campos, el ingeniero, y Merino, el agente de Bolsa; por cierto que me gustan mucho, son personas muy razonables y entendidas.

MARQ. Y ninguna dificultad se ha ofrecido?

PANCHO. En un principio insistieron con objeto de saber si no tenias algun otro motivo de resentimiento, porque nadie se explica tu provocacion de anoche.

MARQ. Ninguno; siempre he tenido en gran estima á Sandoval.

PANCHO. Eso precisamente hemos contestado en su nombre.

MARQ. Pero esos señores, no han manifestado deseos de terminar el asunto pacíficamente?

PANCHO. Á ellos no les está bien indicar nada en ese terreno: la persona que representan es el ofendido.

MARQ. Es verdad.

PANCHO. Si palabras conciliadoras deben pronunciarse de nosotros deben partir, estamos?... pero como te hemos visto tan decidido ..

- MARQ. Cierto; pero francamente debo confesarte, que este duelo con un amigo íntimo, y por un motivo tan leve, ahora, despues de reflexionarlo bien, me parece triste.
- PANCHO. Todos pensamos lo mismo, y seria una felicidad para nosotros, si comprendiendo tú que has obrado con ligereza, tuvieses la abnegacion de reconocerlo.
- MARQ. Es decir, que tú me aconsejas...
- PANCHO. Entendámonos, niño; siempre que los términos en que se ofrezca esta satisfaccion sean dignos de tí.
- MARQ. Pues bien, me hallo dispuesto á darla. Á ustedes toca su redaccion, y yo estoy seguro de que lo harán de una manera admirable.
- PANCHO. Ay, niño! me haces feliz!—Por lo demas todo el mundo te conoce y has hecho ya tus pruebas para que nadie dude de tu valor.
- MARQ. Así lo creo...
- PANCHO. Lo que ahora hace falta, ya que te encuentras tan bien dispuesto, es ir inmediatamente en busca del coronel...
- MARQ. Pero dónde encontrarle?
- PANCHO. En su casa me espera hasta las doce... Quieres venir conmigo?
- MARQ. Mejor será... Sabes lo que observo, primo? (Sonriendo)
- PANCHO. Qué?
- MARQ. Que se ha operado en tí una trasformacion milagrosa; tú, naturalmente tan pacífico, tan tranquilo, tan...
- PANCHO. Perezoso, no es esto? Hijo, cuando uno carece de piernas, preciso es al ménos tener un poco de corazon... Conque vamos? (Al tiempo de marchar, Juan aparece en la puerta del fondo.)
- MARQ. Qué quieres?
- JUAN. Una persona que pregunta por la señora.
- MARQ. Quién es?
- JUAN. La señorita Emilia, la cual me dice haga presente á la señora que necesita verla inmediatamente.
- MARQ. Dila que pase á esta sala y avisa á la señora. (Que necesita (Ap. y en tanto que el criado introduce á Emilia.) verla

inmediatamente! Habrá ocurrido alguna novedad!) Señorita, sírvase (á Emilia, que entra.) usted tomar asiento; han ido á avisar á mi esposa y vendrá dentro de un instante. (Emilia se sienta.)

PANCHO. (Es bonita esta chica... es alguna parienta vuestra?)

MARQ. (No; por qué?...)

PANCHO. Porque la encuentro cierto aire de familia...

MARQ. Cómo?... (Fijando la atención en Emilia.)

PANCHO. Vamos?

MARQ. Espera un instante...

PANCHO. No podemos detenernos; es muy tarde y...

MARQ. Ve andando, que yo te alcanzaré en el camino.

PANCHO. Como gustes. (Saluda á Emilia y váse por el foro.)

## ESCENA VII.

EMILIA, el MARQUÉS.

MARQ. Mi esposa no debe tardar. Positivamente la visita de usted debe serle muy agradable, porque hace un momento me decía cuánto se interesaba por usted.

EMILIA. En efecto, caballero, la señora Marquesa me ha demostrado siempre tanto interés, que espero no me niegue hoy el señalado favor que vengo á pedirle.

MARQ. Hace mucho tiempo que mi esposa conoce á usted?

EMILIA. Desde mi infancia.

MARQ. Ah!... (Con interés creciente.)

EMILIA. Recuerdo siempre con gratitud las cariñosas atenciones y cuidados que me prodigaba cuando yo era aun muy pequeña. Ha sido siempre para mí tan buena, tan bondadosa!...

MARQ. De veras?

EMILIA. Y más tarde, cuando empecé á abrir mis ojos á la luz de la razón, la he merecido tan buenos consejos, ha hecho tanto por mí, que me considero feliz en este momento pudiendo decir cuánto la debo y cuánto la quiero en presencia de usted, que también la ama.

MARQ. Oh! continúe usted, experimento tal satisfacción al es-

cucharla!...

EMILIA. Qué más puedo decir! mi vida ha trascurrido hasta ahora tranquila y feliz entre mis dos protectoras; la señora de Villavicencio, que me sirve de madre, y la marquesa, que la ayuda en su buena obra... mi existencia puede resumirse en dos palabras, «amor y gratitud.»

MARQ. Es decir que usted no ha conocido á ninguno de sus parientes? (Sentándose al lado de Emilia.)

EMILIA. Á ninguno: el nombre de madre, tan dulce de pronunciar, me estuvo siempre vedado.

MARQ. Pero al ménos sabrá usted su nombre.

EMILIA. Me es completamente desconocido.

MARQ. Sin embargo, la señora de Villavicencio debe saberlo.

EMILIA. Hace un momento y procurando interesar su corazón, se lo he preguntado, y aunque se trata para mí de un asunto muy grave, ha guardado silencio.

MARQ. Es posible!

EMILIA. Pero aún me resta una esperanza, y si me ve usted aquí...

MARQ. Señorita, soy el esposo de su protectora, y semejante título me da derecho á su confianza.

EMILIA. Pues bien, sí, hoy vengo á suplicar á la marquesa que haciendo un llamamiento á sus recuerdos, me diga lo que tengo un gran interés en averiguar... el nombre de mis padres.

MARQ. Y cómo puede usted esperar que mi esposa sepa lo que la señora de Villavicencio parece ignorar?

EMILIA. Porque me conoce de mucho ántes que mi madrina.

MARQ. Ah! y como cuánto tiempo hace que... (Con gran interés.)

EMILIA. Unos quince años próximamente.

MARQ. Continúe usted, señorita, continúe usted.

EMILIA. Los recuerdos de la infancia que jamás se borran, me hacen sospechar que mi pobre madre, amiga según parece de las dos señoras que hoy me aman tan tiernamente, obligada á alejarse de mí ó tal vez en el momento de su muerte, me confió á los cuidados de la

marquesa y que esta más tarde dividió con mi madrina estos mismos cuidados

MARQ. Efectivamente; y si los recuerdos de usted son exactos...

EMILIA. La señora marquesa debe conocer el secreto de mi nacimiento y no rehusará decírmelo.

MARQ. Así lo espero y ofrezco á usted además mi cooperación.

EMILIA. Acepto con gratitud la generosa intervencion que usted me ofrece, porque á pesar de todas las bondades, de todo el cariño que la marquesa me profesa, no puedo hablarla nunca sin experimentar cierta emocion respetuosa que yo á mí misma no me puedo explicar; pero auxiliada por usted... (Luisa aparece.)

MARQ. Ya está aquí.

LUISA. (Entrando y deteniéndose un momento como contrariada al verlos juntos.) (Emilia á su lado! Dios mio, qué le habrá dicho!) (Procura hacerse dueña de su emocion y avanza al medio de la escena.)

### ESCENA VIII.

DICHOS, LUISA.

LUISA. Qué es esto, Emilia, has venido sin tu madrina?

MARQ. Esta señorita desea hablarte de cosas importantes. y como su madrina no podía acompañarla...

EMILIA. Habré hecho mal? Está usted enojada conmigo?

LUISA. No por cierto, pero...

MARQ. Dispénsame si me permito asistir á esta conferencia. pero esta señorita me ha autorizado para unir mis súplicas á las tuyas, con el objeto de obtener de ti el favor que viene á solicitar.

LUISA. Si lo que Emilia desea depende de mí, es inútil.

MARQ. Sin embargo, permítame que permanezca á vuestro lado.

LUISA. (Yo tiemblo!) Y qué es lo que deseas? Habla pues...

EMILIA. Señora, se trata de una determinacion que mi madrina acaba de tomar.

LUISA. Cuál es?

EMILIA. La de abandonar inmediatamente la casa que habitamos, para mudarnos á otro barrio en el extremo opuesto.

LUISA. Con el objeto de alejarte de Sandoval, á quien no debes volver á ver.

EMILIA. Ah!... conque usted sabia...

LUISA. Soy yo precisamente quien la he aconsejado esa determinacion.

EMILIA. Y por qué, señora, despues de la franca confesion que hice á ustedes ayer? Ese jóven me ama de una manera digna, respetuosa, y yo... yo le amo tambien. (Con pasion.)

LUISA. Pero ese amor no puede ser más que una locura, un pasatiempo que nosotras no podemos autorizar. Qué puedes esperar tú, pobre niña, de semejantes relaciones? Un casamiento con el señor de Sandoval es imposible!

EMILIA. Imposible!... y por qué? En vano interrogo desde ayer á mi madrina, no quiere responderme. Será usted á mis súplicas tan insensible como ella? Creo, sin embargo, que es justo decirme el motivo por qué se me condena. Es indigno de mí? Soy yo indigna de él? Y si lo soy yo, por qué?... por qué?... Mi nacimiento es tal vez un obstáculo? Si es así, digáseme con franqueza, porque mi edad me permite exigir ya ciertas aclaraciones. Oh! Señora, cómpadezcase usted de esta pobre huérfana y no me oculte por más tiempo el secreto de mi nacimiento!

LUISA. (Desdichada! Ella me pierde!)

MARQ. Nada más natural; y puesto que desde su infancia te has ocupado tanto de esta señorita, hoy se halla autorizada para preguntarte de qué manera y con qué derecho dispones de su porvenir.

LUISA. Yo no conozco el secreto que ella me pide. (Turbada.)

MARQ. Eso ni es verosímil ni posible.

LUISA. (Qué tormento, Dios mio!)

EMILIA. Ese secreto, por triste que sea, no vacile usted en con-



fiármelo; es preciso que yo sepa de una vez á qué puedo aspirar en el mundo. (Con extremada caudidez y marcado sentimiento.) Yo no soy ya una niña... razono, sufro, amo! Tengo por lo tanto el derecho de procurar ser feliz como las demas mujeres, y si se me niega ese derecho, si no soy digna ni aun de pretenderlo, tengo al ménos el de morir. (Llorando.)

LUISA. Morir! morir tú! (Juan apareciendo en la puerta del foudo.)

MARQ. (Cuidado, señora, que no estamos solos.)

JUAN. La señora de Villavicencio.

LUISA. Ah!

### ESCENA IX.

DICHOS, MARGARITA, entrando precipitadamente.

MARG. Dispénsense ustedes, y ante todo pido perdon del paso imprudente que esta niña se ha permitido dar.

LUISA. (Estoy perdida, aléjala de aquí.)

MARQ. Nada tema usted, señorita; recobre usted su valor: al presente sabremos más pronto la verdad. En vez de uno tenemos dos testigos á quienes interrogar.

MARG. Pero, señor marqués, yo estoy convencida de que Emilia comprende ahora la gravedad de un paso que nada puede justificar... en su consecuencia, nos retiramos.

MARQ. Un momento. (Con severidad.) Señorita, (á Emilia.) las preguntas que usted ha hecho no han sido tan claras como debieran tratándose de un asunto tan grave. Ahora las formularé yo precisas y terminantes...

LUISA. Oh! no, no! (Ap. al Marqués y precipitadamente.)

MARQ. (Prefieres que no se halle presente?... Sea.)

LUISA. Entrad en mi gabinete y esperadme un momento...

EMILIA. (De usted lo espero todo.) (Al Marqués.)

MARQ. (Pobre niña! ruegue usted al cielo que me inspire!)  
(Con profunda amargura.)

ESCENA X.

LUISA, el MARQUÉS.

- MARQ. Puedes hablar... ya te escucho.
- LUISA. (Qué le diré...)
- MARQ. Deseo conocer la verdad, y por penosa que sea esta confesion...
- LUISA. Fernando!
- MARQ. Lo exijo. Cuál es el móvil del interés que Emilia te inspira? (Con imperio.)
- LUISA. Compañera de colegio y amiga de Margarita, desde hace mucho tiempo, me acostumbré á amar á esa niña que ella adoptó en su infancia.
- MARQ. La niña ha sido confiada por tí á la que hoy aparece como su madrina: ella misma acaba de confesármelo. Ya ves que no puedes engañarme.
- LUISA. Tambien la madre de Emilia era amiga mia, y en su lecho de muerte me hizo jurar que velaria por su hija...
- MARQ. De qué fecha data esa amistad que yo hasta hoy no he tenido noticia?
- LUISA. Poco tiempo despues de nuestro casamiento.
- MARQ. Es decir, durante los dos años de mi ausencia... no es esto? El nombre de esa amiga...
- LUISA. Su nombre?
- MARQ. Sí, su nombre.
- LUISA. Por favor!
- MARQ. Necesito saberlo. (Con imperio y severidad.)
- LUISA. imposible!... imposible!
- MARQ. Lo exijo, lo mando! (Cogiendo á Luisa por una muñeca, y oprimiéndola con violencia.)
- LUISA. Oh!... yo no te reconozco... tú, que fuiste siempre tan bueno para mí!
- MARQ. Quiero saber la verdad, y si inmediatamente no la oigo de tus labios, llamo á esa niña y en su presencia formúlo claramente la sospecha que acabo de concebir.
- LUISA. Oh!... no... tú no lo harás. (Suplicante.)



MARQ. Te hallas dispuesta á obedecerme?

LUISA. Qué exiges de mí! (Desesperada.)

MARQ. El nombre de esa mujer, de esa madre.

LUISA. Oh!... no puedo! no puedo!

MARQ. Entónces... (Movimiento del Marqués para marcharse.)

LUISA. Ah!... no... jamás! (Deteniéndole.)

MARQ. Por última vez, su nombre!

LUISA. Su nombre es el mio! (Caendo de rodillas y ocultando su rostro entre sus manos.)

MARQ. Ah! (Momentos de pausa.)

LUISA. Yo era una niña... me abandonaste dejándome sin defensa, sin apoyo, y fui victima de la traicion más infame... Dios ha juzgado ya á uno de los criminales, pero mi falta es inmensa y hace muchos años que la expío.

MARQ. Que la ha expiado usted? y de qué manera? Usted ha hecho educar á su hija á su lado; puede verla todos los dias; hasta se permite recibirla en mi casa; disfruta tranquilamente de la felicidad de ser madre, y aún pretende que ha expiado su falta! (Con entonacion terrible.)

LUISA. La felicidad de ser madre! y cuándo he disfrutado yo esa dicha? Ser madre es gozar en su infancia de sus tiernas caricias, y en su juventud poder libremente enorgullecerse de los triunfos que su belleza ó su talento la conquisten; es escuchar los latidos de su corazon, ser la confidente de sus penas y de sus alegrías! Ser madre, en fin, es poder decir con orgullo delante de todo el mundo, es mi sangre, es mi vida! es mi hija! Cuándo he disfrutado yo de semejante dicha? Oh! tú no podrás comprender nunca todo lo que yo he sufrido!

MARQ. Y aún se atreve usted á decir que ha sufrido!... Usted, que sin embargo de haber hecho traicion al más sagrado de los deberes, hace diez y siete años se ve usted rodeada de toda clase de consideraciones y del amor de su marido! (Con desesperacion.)

LUISA. Ah! sí; y ese amor que era y es aun mi mayor felicidad, ha sido tambien mi más terrible castigo; porque

he tenido ocasion de conocer, de apreciar, de admirar todo lo que hay en tu alma de noble, de grande, de generoso, y desde ese instante mi corazon empezó á latir con una fuerza desconocida, me ha impulsado hácia ti, me ha hecho amarte con adoracion! (Todo esto debe ser dicho con pasion.)

MARQ. Oh! basta, basta! (Con disgusto.)

LUISA. Oh! no, no, hoy es preciso que me escuches, porque es la primera vez, despues de quince años, que puedo desahogar mi corazon. Necesito que sepas toda la ternura que en él se encierra, sólo á tí consagrada; quiero que comprendas todos mis dolores, todas mis agonías, y cuánto he debido sufrir amándote con delirio, y no teniendo el valor de confesar mi pasion por juzgarme indigna de tí. Al presente que todo lo sabes, márame si tal es tu voluntad, pero esta palabra que continuamente se exhala de mi corazon, que brota en mis labios, que absorbe mis sentidos; esta palabra que me ahoga y reasume la única felicidad que en el mundo he disfrutado, no moriré sin habértela dicho una vez al ménos... Te amo! te amo!

MARQ. Si eso fuese cierto, habria usted sido más celosa de mi honor... ahora que todo lo sé, que todo se me explica, debe usted comprender, señora, que me deshonoraria á mis propios ojos, si permitiese, ni un instante más, bajo el techo de mi propia casa la presencia de esa jóven, y yo mismo voy... (Da un paso, Luisa se le interpone, y se arrodilla delante del Marqués.)

LUISA. Oh! imposible! Eres demasiado generoso para obligar á una madre á sonrojarse en presencia de su hija!

MARQ. Señora!

LUISA. Márame, estás en tu derecho. (Se oye la voz de Pancho.)

MARQ. Ah! silencio, señora!... que nadie sepa... que nadie sospeche... (Levantándola é imponiéndola silencio.)

ESCENA XI.

DICHOS, PANTO, por el foro.

PANTO. Sabes, niño, que podía haberte estado esperando hasta mañana?

LUISA. Pero ese duelo ya no se verificará?

PANTO. Tranquilízate, prima, ya lo hemos arreglado de una manera pacífica y digna.

LUISA. Entonces, para qué vienes á buscarle?

PANTO. Para que se venga conmigo... Hemos convenido que sobre el terreno tu marido tenderá la mano á Sandoval, este se lanzará en sus brazos, y asunto concluido.

MARQ. Os agradezco la buena intención, pero he cambiado de idea.

PANTO. Cómo? qué? ahora quieres batirte?

MARQ. Sí; vamos.

PANTO. Pues me gusta! después que llevo dos horas corriendo para arreglar este negocio!

LUISA. Pero eso no es posible, (Ap.) Sandoval no te ha ofendido!

MARQ. Yo le debo una reparación, podría darse otro carácter á mis excusas y es preciso... (Deteniéndole.)

LUISA. Pero ese duelo sería un crimen á los ojos de Dios.

MARQ. (Tranquilícese usted por su hija; la vida de Sandoval no corre peligro.)

LUISA. Entonces... cuál es tu designio!

MARQ. Basta, señora. Ya he dicho á usted que nadie debe sospechar lo que ha pasado entre nosotros.

LUISA. Pero yo, yo no puedo permitir... (Desesperada.)

MARQ. Permanezca usted aquí, lo exijo; usted no tiene derecho de detenerme. (Rechazándole; Luisa viene á caer sobre el diván anegada en lágrimas y en la más completa desesperación. Panto y el Marqués vanse por la puerta del foro.) VAMOS.

LUISA. ¡Dios mío! Dios mío!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



---

## ACTO TERCERO.

---

La misma decoracion.

### ESCENA PRIMERA.

EMILIA , LUISA , MARGARITA .

Al levantarse el telon, Luisa aparece de pie, próxima al balcon y mirando hácia la calle. Emilia, sentada en el divan, llorando; Margarita de pie á su lado.

LUISA. Nada!... nada todavía! Esta ansiedad es mil veces peor que la muerte! Hace tres horas que partieron y ninguno parece! Dios mio, si habrá ocurrido á mi esposo alguna desgracia y no se atreven á anunciármela! Oh! yo no podré sobrevivirle; semejante idea es capaz de volverme loca! Y esta pobre niña tambien, qué va á ser de ella, Dios mio! Por qué lloras tú, hija mia!

EMILIA. Veo que usted se aflige y se desespera, conozco que aquí ocurre algo extraño que yo no puedo comprender; contemplo á usted desgraciada y lloro. Oh! si al ménos el Marqués volviese sano y salvo; si Dios escuchase mis súplicas!

LUISA. Has orado por él!

EMILIA. Con todo mi corazon!

- LUISA. Dios mio! Conmuévate la súplica de la pobre huérfana!  
Un milagro, Señor, un milagro!
- MARG. Un carruaje ha parado á la puerta.
- LUISA. ¡ Ah!
- EMILIA. ¡ Ah!
- LUISA. Ah! no puedo! no puedo! (La puerta del fondo se abre. Luisa quiere correr, pero se deliene y se apoya en una silla. Pancho aparece en el dintel.)

## ESCENA II.

DICHAS, PANCHO.

- LUISA. Solo! y mi esposo, qué es de mi esposo?
- MARG. El Marqués!...
- EMILIA. Oh! hable usted, hable usted!
- PANCHO. Pero si ustedes no me dejan! tranquilícense ustedes, no hay cuidado.
- LUISA. Pero dónde está, dónde?
- PANCHO. El médico le acompaña y se dirigen á esta sala.
- MARG. (Con ansiedad.) El médico?
- EMILIA. (Id.) Dios mio!
- LUISA. (Id.) Herido!
- PANCHO. Detente... á dónde corres? La herida aunque profunda, no es de importancia... atravesada una mano y nada más.
- LUISA. Ah!
- MARG. Es decir que su adversario no ha tenido piedad?
- PANCHO. Por el contrario, se ha conducido admirablemente. En primer lugar procuró por todos los medios posibles evitar el lance; despues se mantuvo constantemente á la defensiva, pero mi gracioso primo, sin saber por qué, empeñado siempre en tirarse sobre la espada de Sandoval.
- EMILIA. (Sorprendida.) De Alfredo... con que era él!
- LUISA. (Corriendo á la puerta.) Oh! dejadme! dejadme... yo quiero verle.
- PANCHO. Corriente .. pero te recomiendo la prudencia... si bien

la herida no ofrece cuidado, en estos momentos las emociones siempre son perjudiciales.

MARG. Ah! ya está aquí. (Margarita y Emilia pasan á la derecha permaneciendo en segundo término, Pancho y Luisa corren á recibir al Marqués, que aparece apoyado del brazo del Doctor.)

### ESCENA III.

DICHOS, el MARQUÉS, el DOCTOR y dos CRIADOS, que quedan en el fondo.

MARQ. (Con el brazo en cabestrillo.) Tranquilízate... esto no será nada. Mil gracias, Doctor. (Viene á sentarse en la butaca.)

DOCTOR. Sin embargo, es preciso que sea usted razonable; aunque la herida no ofrece cuidado, debe usted guardar cama por algunos días.

MARQ. Obedeceré á usted, pero ántes le suplico me permita hablar á mi esposa breves instantes.

DOCTOR. Siempre que usted me prometa ser juicioso...

MARQ. Lo prometo. Pancho! (Llamándole.)

PANCHO. Primo...

MARQ. (Hiciste mi encargo?)

PANCHO. (Me espera en la Iberia, y el coche está á la puerta.)

MARQ. (Ve por él y vuelve inmediatamente, pero ántes haz que todo el mundo se retire, excepto Luisa.)

DOCTOR. Tranquílcese usted, señora, yo respondo de su curación. (Todos se retiran entrando en el gabinete de la izquierda.)

LUISA. Oh! gracias, amigo mio!

### ESCENA IV.

LUISA, el MARQUÉS.

MARQ. Acércate... estoy bastante débil y me es imposible hablar alto.

LUISA. Oh! perdon! perdon! (Arrodillándose; el Marqués la hace levantar y la indica que se siente á su lado.)

MARQ. Escucha. Durante mi vida lo he sacrificado todo á una



palabra que se llama honor y que nos impone tan graves deberes. El honor de mi casa, el honor de la familia, el honor de mi nombre! y yo no puedo permitir hoy que ese nombre, que he conservado sin mancha; (Con sentimiento y amargura.) esa palabra que ha sido la ilusión de toda mi vida, sea objeto de risa ó menosprecio. La sociedad se ocupa en este momento de un duelo que se ha verificado entre dos amigos y que termina de una manera bien triste. Podría, al fin, adivinar el verdadero motivo y yo quiero evitarlo. En el momento en que, ansiando morir, caí herido bajo la espada de Sandoval, un rayo de luz, tal vez una inspiración divina cruzó por mi imaginación y la he aceptado con gratitud, porque efectivamente es el único medio de salvar tu honor y el mio. Ahora bien, dime la verdad, ¿es únicamente Margarita la que conoce tu secreto?

LUISA. La única.

MARQ. Estás segura de su cariño, de su discreción?

LUISA. Como de mí misma.

MARQ. Está bien; ahora es preciso que me jures aprobar cuanto voy á decirte aquí, delante de todo el mundo.

LUISA. Te lo prometo.

MARQ. Jurámelo por... la vida de tu hija. (Haciendo un violento esfuerzo.)

LUISA. Lo juro.

MARQ. Haz entrar á todas estas personas, y que se presenten también Emilia y Margarita.

LUISA. (Dudando,) Pero...

MARQ. Te suplico que me obedezcas.

LUISA. Cuál será su pensamiento, Dios mio! (Entra en el gabinete.)

## ESCENA V.

EL MARQUÉS, PANCHO, que entra por el fondo. poco despues SANDOVAL.

PANCHO. Cómo te encuentras?

MARQ. Mucho mejor, y él?

- PANCHO. Mirale. (Indicando á Sandoval, que entra.)
- ALF. Oh! mi querido amigo! No me perdonaré jamás... (Corriendo á abrazar al Marqués, que se levanta para recibirle.)
- MARQ. La culpa es mia, ó más bien de las circunstancias. Tú te has conducido noblemente, y aun te debo gracias por haberte dignado venir accediendo á mi súplica.
- ALF. Juro que con gusto daría toda mi sangre porque este lance no hubiera tenido lugar.
- MARQ. Vuelvo á repetir que nada tienes que reprocharte.
- ALF. Es que en vano me pregunto desde ayer, é interrogo severamente mi conciencia sin poder atinar con el verdadero motivo.
- MARQ. Conque efectivamente no lo has adivinado? Vuelve la vista y lo comprenderás todo. (Margarita y Emilia, conducidas por Luisa, aparecen por la puerta izquierda.)

## ESCENA VI.

DICHOS, LUISA, EMILIA, MARGARITA.

- ALF. Ah! Emilia!
- LUISA. Sandoval!
- EMILIA. Alfredo!
- MARG. Él aquí?
- MARQ. Mi hija, señor de Sandoval!
- ALF. Su hija!...
- LUISA. Ah!
- PANCHO. (Diablo!)
- EMILIA. Mi padre!

(Todas estas exclamaciones deben de ser rápidas.)  
(Toda esta escena debe decirla el Marqués haciendo un violento esfuerzo sobre sí mismo y con marcado sentimiento; pero con dignidad.)

- MARQ. Sí, mi hija, que por respetos á mi esposa, á la que falté un dia y á la que hoy pido públicamente perdon, la hice educar en secreto confiándola á los cuidados de una verdadera amiga. (Á Sandoval.) Ahora comprenderás perfectamente que no fuese dueño de mi cuando supe que intentabas seducir á esta pobre niña. Si hu-

hiera podido presentarla con un título legítimo te habría obligado á ofrecerla tu nombre, pero como me estaba vedado darla públicamente el mio, sólo pensé en vengarme y hoy acepto la expiación.

PANCHO. (Bien decia yo que la muchacha tenia cierto aire de familia.)

EMILIA. Pero entónces, cuando ayer suplicaba tan vivamente se me revelara el secreto de mi nacimiento, por qué usted?...

MARQ. Debía batirme con el que amabas, y si hubiera tenido la desgracia de herirle no queria que mi hija me mal dijese. Ahora bien, Luisa, me permites reconocer legalmente á... mi hija, y perdonado mi extravio servir-la de una madre?

LUISA. (Fernando! Fernando! (Queriendo besar la mano de su esposo.)

MARQ. Serenidad! he salvado nuestro honor!

ALF. Marqués, mi deuda con esta señorita aun no está satisfecha... y si me concedes el honor de ofrecerla mi nombre...

MARQ. Emilia es la que debe contestarte.

EMILIA. Y qué podré yo decir? (Con inocente candidez.)

PANCHO. Perfectamente, niños; vea usted por dónde voy á ser dos veces padrino, porque yo no permitiré que niugun otro...

MARQ. Cuán bueno eres y cuánto te debo! (Estrechando la mano de Pancho.) El esposo se ha vengado noblemente. (Llevando á un lado á Luisa.) El hombre de corazon que tiene la conciencia de su anterior abandono, y que tal vez no es el ménos culpable, sólo tiene hoy palabras de olvido y de perdon.

(El Marqués abraza á Emilia y la pasa á los brazos de su esposa, que á su vez la estrecha entre los suyos con efusion. La señora de Villavicencio da la mano al Marqués, quedando en el centro de la escena, formando grupo aparte Pancho, Sandoval y el Doctor.)

FIN DEL DRAMA.

a cuiciento.  
 na.  
 del almadreño.  
 atas.  
 del vicio.  
 os de viento.  
 de Correlargo.  
 e oro.  
 el regimiento.  
 de mi mujer.  
 hijos.  
 madres.  
 del Rey René.  
 mos.  
 a de Murillo.  
 cera.  
 nza de Catana.  
 pesita.  
 a de la vida.  
 de Garan.  
 sin piloto.  
 os.  
 en el campamento, ó  
 de Africa.  
 los.  
 lleros de la niella.  
 de matrimonio.  
 de Babel.  
 del gallo.  
 bediencia.  
 a alhaja.  
 mimada.  
 idos (refundida.)  
 á.  
 ojo.  
 mi sobrina.  
 urbano.  
 Marla.  
 en 1818.  
 á vista de pájaro.  
 ore hojuelas.  
 s de Polonia.  
 ó la Emparedada.

Misericias de aldea.  
 Mi mujer y el primo.  
 Negro y Blanco.  
 Ninguno se entiende, ó un hom-  
 bro tímido.  
 Nobleza contra nobleza.  
 No es todo oro lo que reluce.  
 No lo quiero saber.  
 Nativa.  
 Olimpia.  
 Propósito de enmienda.  
 Pescar á rio revuelto.  
 Por ella y por él.  
 Para heridas las de honor, ó el  
 desagravio del Cid.  
 Por la puerta del jardín.  
 Poderoso caballero es D. Dinero.  
 Pecados veniales.  
 Premlo y castigo, ó la conquis-  
 ta de Ronda.  
 Por una pensión.  
 Para dos perdices, dos.  
 Préstamos sobre la honra.  
 Para mentir las mujeres.  
 ¡Que convidó al Coronel!...  
 Quilen mucho alabara.  
 ¡Qué suerte la mía!  
 ¿Quién es el autor?  
 ¿Quién es el padre?  
 Rebeca.  
 Ribal y amigo.  
 Rosita.  
 Su imagen.  
 Se salvó el honor.  
 Santo y peana.  
 San Isidro (*Patron de Madrid.*)  
 Sueños de amor y ambicion.  
 Sin prueba plena.  
 Sobresaltos de un marido.  
 Si la mula fuera buena.  
 Tales padres, tales hijos.  
 Traidor, inconfeso y mártir.

Trabaja por cuenta ajena  
 Tod unes.  
 Torbellino.  
 Un amor á la moda.  
 Una conjuracion temenina.  
 Un domine como hay pocos.  
 Un pollito en calzas pintetas.  
 Un huesped del otro mundo.  
 Una venganza leal.  
 Una coincidencia alfabética.  
 Una noche en blanco.  
 Uno de tantos.  
 Un marido en cuarte.  
 Una leccion reservada.  
 Un marido sustuto.  
 Una equivocacion.  
 Un retrato á quemarropa  
 ¡Un Tiberio!  
 Un lobo y una rayosa.  
 Una renta vitalicia.  
 Una llave y un sombrero.  
 Una mentira inocente.  
 Una mujer misteriosa.  
 Una leccion de corte.  
 Una falta.  
 Un paje y un caballero.  
 Un si y un no.  
 Una lágrima y un beso.  
 Una leccion de mundo.  
 Una mujer de historia.  
 Una herencia completa.  
 Un hombre fino.  
 Una poetisa y su marido.  
 ¡Un regicida!  
 Un marido cogido por los celos.  
 llos.  
 Un estudiante novel.  
 Un hombre del siglo.  
 Un viejo pollo.  
 Ver y no ver.  
 Zamarrilla, ó los bandidos de la  
 Serrania de Ronda.

## ZARZUELAS.

a y Medoro.  
 de buena ley.  
 mas feo.  
 y cuchilladas  
 na la Gitana.  
 y Marte.  
 y Flora.  
 mando.  
 Mariquita.  
 Isanto, ó el Alcalde pro-  
 or.  
 scual.  
 iller.  
 rino.  
 yo de una ópera.  
 ero y la maja.  
 o del hortelano.  
 ta y en Marruecos.  
 en la ratonera.  
 s de carnaval.  
 io (drama lirico.)  
 llon de la Rioja (*Música.*)  
 onde de Letorieres.  
 do á escape.  
 an español.  
 eta.  
 bre feliz.  
 llo blanco.  
 rial.  
 no mono.  
 er vuelo de un pollo  
 into y Valdemoro.  
 metismo... ¡animal!  
 a de la calle Mayor.  
 astas del oro.

El mundo nuevo  
 El hijo de D. José.  
 Entré mi mujer y el primo.  
 El noveno mandamiento.  
 El juicio final.  
 El gorro negro.  
 El hijo del Lavapies.  
 El amor por los caballos.  
 El mtndo.  
 El Paraiso en Madrid.  
 El elixir de amor.  
 El sueño del pescador.  
 Giralda.  
 Harry el Diabolo.  
 Juan Lanás. (*Música.*)  
 Jacinto  
 La llera del Oidor.  
 La noche de ánimas.  
 La familia nerviosa, ó el suegro  
 omnibus.  
 Las bodas de Juanita. (*Música.*)  
 Los dos flamantes.  
 La modista.  
 La colegiala.  
 Los conspiradores.  
 La espada de Bernardo.  
 La hija de la Providencia.  
 La roca negra.  
 La estátua encanlada.  
 Los jardines del Buen retiro.  
 Loco de amor y en la corte.  
 La verja encantada.  
 La lora de amor, ó las prisiones  
 de Edimburgo.

La Jardinera. (*Música.*)  
 La toma de Tetuan.  
 La cruz del valle.  
 La cruz de los Humeros.  
 La Pastora de la Alcarria.  
 Lo herederos.  
 La pupila.  
 Los pecados capitales.  
 La gitaniilla.  
 La artista.  
 La casa roja.  
 Los piratas.  
 La señora del sombrero.  
 La mina de oro.  
 Mateo y Matea.  
 Moreto. (*Música.*)  
 Mati' de y Malek-Adhel.  
 Nadie se muere hasta que Dto  
 quiere.  
 Nadie toque á la Reina.  
 Pedro y Catalina.  
 Por sorpresa.  
 Por amor al prójimo.  
 Peluquero y marqués.  
 Pablo y Virginia.  
 Retrato y original.  
 Tal para cual.  
 En primo.  
 Una guerra de familia.  
 Un cocinero.  
 Un sobrino.  
 Un rival del otro mundo.  
 Un marido por apuesta.  
 Un quinto y un sustituto.

# PUNTOS DE VENTA Y COMISIONADOS PRINCIPALES.

## PROVINCIAS.

<i>Albacete.</i>	R. S. Perez	<i>Lucena.</i>	J. B. Cabezas.
<i>Alcalá de Henares.</i>	Z. Bermejo.	<i>Lugo.</i>	Viuda de Pujol.
<i>Alcoy.</i>	J. Martí.	<i>Máhon.</i>	P. Vincent.
<i>Algeciras.</i>	R. Muro.	<i>Málaga.</i>	J. G. Taboada y P. de
<i>Alicante.</i>	J. Gossart.		Moya.
<i>Almagro.</i>	A. Vicente Perez.	<i>Manila (Filipinas).</i>	M. Planas.
<i>Almería.</i>	M. Alvarez.	<i>Mataró.</i>	N. Clavell.
<i>Andújar.</i>	A. Casas.	<i>Mondónedo.</i>	Viuda de Delgado.
<i>Antequera.</i>	I. A. de Palma.	<i>Montilla.</i>	D. Santolalla.
<i>Aranjuez.</i>	J. Gullon.	<i>Murcia.</i>	T. Guerra y Herederos
<i>Avila.</i>	S. Lopez.		de Andrión.
<i>Avilés.</i>	M. Roman Alvarez.	<i>Ocaña.</i>	V. Calvillo.
<i>Badajoz.</i>	F. Coronado.	<i>Orense.</i>	J. Ramon Perez.
<i>Baeza.</i>	J. R. Segura.	<i>Orihuela.</i>	J. Martínez Alvarez.
<i>Barbastro.</i>	G. Corrales.	<i>Osuna.</i>	V. Montero.
<i>Barcelona.</i>	Viuda de Bartumeus y	<i>Oviedo.</i>	J. Martínez.
	Cerdá.	<i>Palencia.</i>	Peralta y Menendez.
<i>Bejar.</i>	J. Génova.	<i>Palma de Mallorca.</i>	P. J. Gelabert,
<i>Bilbao.</i>	E. Delmas.	<i>Pamplona.</i>	J. Rios.
<i>Burgos.</i>	T. Arnaiz y A. Hervias.	<i>Pontevedra.</i>	J. Buceta Solla y Comp.
<i>Cabra.</i>	B. Montoya.	<i>Priego (Córdoba.)</i>	J. de la Gámara.
<i>Cáceres.</i>	H. U. Perez.	<i>Puerto de Sta. Maria.</i>	P. A. Rafoso.
<i>Cádiz.</i>	Verdugo y Compañía.	<i>Puerto-Rico</i>	J. Mestre, de Mayagüez.
<i>Calatayud.</i>	F. Molina.	<i>Requena.</i>	C. Garcia.
<i>Canarias.</i>	F. Maria Poggi, de Santa	<i>Reus.</i>	J. Prius.
	Cruz de Tenerife.	<i>Rioseco.</i>	M. Prádanos.
<i>Carmona.</i>	J. M. Eguiluz.	<i>Ronda.</i>	Viuda de Gutierrez,
<i>Carolina.</i>	E. Torres.	<i>Salamanca.</i>	R. Huebra.
<i>Cartagena.</i>	A. Mellado y Orcajada.	<i>San Fernando.</i>	J. Gay.
<i>Castellón.</i>	J. M. de Soto.	<i>S. Ildefonso (La Granja)</i>	J. Aldrete.
<i>Castrovdiales.</i>	L. Ocharán.	<i>Sanlúcar.</i>	I. de Oña.
<i>Ceuta.</i>	M. Garcia de la Torre.	<i>San Sebastian.</i>	A. Garralda.
<i>Ciudad-Real.</i>	P. Acosta.	<i>S. Lorenzo. (Escorial.)</i>	S. Herrero.
<i>Córdoba.</i>	G. Barberini, y M. Garcia	<i>Santander.</i>	C. Medina.
	Lovera.	<i>Santiago.</i>	B. Escribano.
<i>Coruña.</i>	J. Lago.	<i>Segovia.</i>	L. M. Salcedo.
<i>Cuenca.</i>	M. Mariana.	<i>Sevilla.</i>	F. Alvarez y Comp.
<i>Ecija.</i>	J. Gluli.	<i>Soria.</i>	F. Perez Rioja.
<i>Ferrol.</i>	N. Taxonera.	<i>Talavera de la Reina.</i>	A. Sanchez de Castro.
<i>Figueras.</i>	M. Alegret.	<i>Tarazona de Aragon.</i>	P. Veraton.
<i>Gerona.</i>	F. Dorca.	<i>Tarragona.</i>	V. Font.
<i>Gijón.</i>	Grespo y Cruz.	<i>Teruel.</i>	F. Baquedano.
<i>Granada.</i>	J. M. Fuensalida y Viuda	<i>Toledo.</i>	J. Hernandez.
	é Hijos de Zamora:	<i>Toro.</i>	L. Poblacion.
<i>Guadalajara.</i>	R. Oñana.	<i>Trujillo.</i>	A. Herranz.
<i>Habana.</i>	N. Ceballos.	<i>Tudela.</i>	M. Izalzu.
<i>Haro.</i>	P. Quintana.	<i>Tuy.</i>	E. Cruz Hermanos.
<i>Huelva.</i>	J. P. Osorno.	<i>Ubeda.</i>	T. Perez.
<i>Huesca.</i>	K. Guillen.	<i>Valencia.</i>	I. Garcia, F. Navarro y
<i>Irun.</i>	R. Martinez.		Mariana y Sanz.
<i>Játiva.</i>	J. Perez Fluixá.	<i>Valladolid.</i>	D. Jover y H. de Rodrigz.
<i>Jerez.</i>	F. Alvarez de Sevilla.	<i>Vich.</i>	Soler, Hermanos.
<i>Leon.</i>	Miñon Hermano.	<i>Vigo.</i>	M. Fernandez Dios.
<i>Lérida.</i>	J. Sol é hijo.	<i>Villanueva y Geltrú.</i>	L. Creus.
<i>Linares.</i>	J. Orellana y Sanchez.	<i>Vitoria.</i>	J. Oquendo.
<i>Logroño</i>	P. Brieba.	<i>Zafra.</i>	A. Oguet.
<i>Lorca.</i>	A. Gomez.	<i>Zamora.</i>	V. Fuertes.
		<i>Zaragoza.</i>	L. Ducassi, J. Comin y
			Comp. y V. de Heredia.

## MADRID.

Librerías de la VIUDA É HIJOS DE CUESTA, y de MOYA Y PLAZA, calle de Carretas; de A. DURAN, Carrera de San Gerónimo; de L. LOPEZ, calle del Carmen, y de M. ESCRIBANO, calle del Príncipe.